

Lo permanente

El tiempo con ley inexorable dispone que poco a poco en las filas de nuestra Falange, se produzca el relevo. Aquellos hombres magníficos que con inspiración bíblica vistieron por vez primera la camisa azul, han tenido que dejar paso, por imperativos de edad a las generaciones que veníamos detrás y que aprendimos las cosas de España y de la Falange bajo la lona de un campamento, teniendo por gran techo el cielo absoluto de la Patria. De ahí que en accesorio surjan a veces discrepancias.

En política hay que ir al compás que marcan los tiempos, es inútil que nos encasillemos en formas que perdieron vigencia, porque corremos el riesgo de anquilosarnos y de apagar en nosotros el fervor y temperatura que nuestro sentido de servicio exige.

En política triunfa el que da primero la nota melódica de la sinfonía de su tiempo y nosotros los falangistas poseemos esa nota, ya que muchas naciones preconizan ahora soluciones que a nosotros nos son familiares. No importa que a veces tengamos que renunciar a cosas no fundamentales, si detrás nos espera el triunfo de la doctrina. No debemos contentarnos ante multitudinarias concentraciones, sino que tenemos que buscar la forma de grabar con caracteres indelebiles en la mente y en los corazones de nuestros compatriotas, nuestro trilema: La Patria, el Pan y la Justicia.

Nosotros podemos y debemos renunciar a lo no fundamental, pero no podemos ceder ni un paso en aquello que constituye nuestro nervio; El hombre considerado como portador de un alma y el Sindicalismo como base del sistema económico nacional. Aquí si que no podemos nadar entre dos aguas. Pues ello junto con la Unidad de los hombres y de las tierras de España constituye el tripode de nuestro sistema político.

Como a José Antonio le asombraba la incomprensión de su tiempo, a nosotros nos asombra, que al cabo de veintinueve años, haya quien no sepa que las justas reivindicaciones tienen cabida y cauce a nuestro lado y quien ignore que lo único que queremos es una mayor justicia social.

Decir a los cuatro vientos de España lo que el Movimiento desea es el deber primordial del falangista.

Recordemos que realmente a nosotros no nos distinguen unos signos externos, sino en nuestra forma de ser, esto es la actitud clara, limpia y resuelta ante cada hecho de la vida, sin necesidad de programas ortopédicos.

Así con frase joseantoniana podremos decir que «La luz que entra en

CARTA AL LECTOR

Querido camarada:

Hace dos decenas de años, cuando la metralla lanzaba al aire la metralla de los campos de Europa y morir era un bello servicio que se prestaba a diario sobre el altar del Ideal, el grito de Europa sobre todo y ante todo encontraba cobijo bien sentido en millones de almas. Existía conciencia del ser europeo, de la casta europea, de la sangre europea. Se disparaba con gusto, porque con cada uno de aquellos tiros se hacía saltar la sangre en las filas de lo extra-europeo, de lo bárbaro, de quienes llegaban desde las estepas o desde las praderas para acabar con nuestra hegemonía continental.

Sobre la misma trinchera, de cara a los mismos enemigos, descargaban sus armas descendientes de Juana de Arco y de Garibaldi. Hijos de los helados fiords noruegos, y suecos y daneses de cabellos rubios y mirada azul. Belgas y holandeses que conocían de la lucha sorda contra las aguas del Canal. Croatas y eslovacos, fogueados por largos años de esclavitud nacional. Húngaros que dejaban la melancolía de la «putsza», para avanzar con el casco de acero sobre los ojos. Rumanos de bravura bien probada, y búlgaros que siempre se sintieron incómodos ante la peligrosa vecindad de la gigantesca Rusia. Españoles que acababan de dejar los fusiles en silencio y portugueses que llegaban desde su lejano país... Nadie, absolutamente nadie, faltó a la cita. Europa se defendía en el Wolchov y en Stalingrado, en la línea de las Ardenas y en la playa de Neptuno.

Y Europa, la historia de Europa, la condensación de su civilización y de su cultura, sus Catedrales, museos y palacios, desaparecían bajo las bombas de fósforo y de TNT de los invasores. A ellos no les importaba convertir en ceniza lo que era orgullo de un pueblo que alcanza desde el Cabo Norte a Gibraltar y desde Dunquerque a Besaravia.

Largos años después de terminado el conflicto mundial, las viejas ideas, acalladas con las armas, resucitan de nuevo. La juventud europea despierta. No entiende que su destino pueda ser decidido desde fuera del Continente. No puede sufrir la humillación de saber que su cuna está bajo el dominio de un extraño y, lógicamente, se rebela.

Durante la reciente conferencia de Viena, en la que el hombre de Moscú y el Presidente Kennedy se dieron la mano para tratar sobre Europa, un grito surgió entre las juventudes europeas conscientes: «¡Europa para los europeos!». Era como un grito de angustia, pero a la vez de guerra y de esperanza; era una prueba fidedigna de que la conciencia de Europa como patria común, innegable, irrenunciable, había calado ya en amplias capas de nuestra juventud. Ahora la misión es extender este sentimiento. Llevar hasta donde podamos el orgullo de ser europeos. Educar a las futuras generaciones en la Idea de un Continente enteramente nuestro, que nos pertenezca y que sea libre.

Repudiamos tanto a esa juventud que se deja llevar por los postulados del marxismo (enteramente extra-europeo por su materialismo y falta de espiritualidad), como aquella otra que viste los «blue-jeans» y se da al intrascendente modo de vivir patentado por astros de la pantalla y otras figuras de tan escasos valores morales.

Lo que nosotros queremos, por lo que nosotros abogamos, es por una juventud europea auténtica; que lleve en sí la herencia de miles de años de historia. De aquí que nuestro grito sea: ¡Exigimos una nueva EUROPA!

(De la Revista n.º 3, de octubre de 1961, del Centro de Estudios Sindicales).

nuestro balcón cada mañana viene a iluminar la tarea justa que nos está asignada en la armonía del mundo». Y a nosotros nos

ha tocado en suerte la de luchar incansablemente por el triunfo del Nacional-sindicalismo.

ANTONIO ANDRES S. LORENTE